

RUDOLF ANDORKA

Determinants of Fertility in Advanced Societies

(London, Methuen, 1978, 431 págs.)

La literatura generada en los países desarrollados en torno al tema de la fecundidad es bastante amplia, compleja y contradictoria. Se han elaborado diversos modelos, se han realizado múltiples trabajos empíricos partiendo tanto de análisis de datos secundarios, como de encuestas de fecundidad, tomándose como ámbitos de estudios diferentes niveles: locales, regionales, nacionales e internacionales.

En esta tesitura teórico-empírica, y coincidiendo con la baja más acusada de los niveles de fecundidad en la historia de ciertos países, es cuando aparece este libro de Andorka cuyo objetivo explícito es el de convertirse en el manual básico para investigadores y académicos interesados en el tema de la fecundidad, al dar a conocer las distintas teorías y metodologías que los investigadores de la fecundidad manejan. Como iremos viendo, tal objetivo se alcanza en algunas cuestiones, aunque no en todas las que pretende abarcar.

Para intentar esclarecer el impulso que lleva a Andorka a abordar, por vez primera, un trabajo de esta enver-

gadura sería conveniente situarlo en su contexto. Como demógrafo es prácticamente desconocido en España, ya que no existe ninguna traducción al castellano de sus trabajos, algunos de los cuales son accesibles al inglés. De origen húngaro, idioma en el que escribe, ha realizado no menos de una decena de trabajos empíricos referidos a problemas de fecundidad en su país y abordados desde distintos puntos de vista tanto históricos como econométricos, sociológicos, etc. Hungría es un país de la Europa del Este que, demográficamente, se caracteriza por un descenso de las tasas de fecundidad similar al de los países capitalistas avanzados del Oeste; desde la década de los 60, el Gobierno húngaro ha adoptado una serie de medidas tendentes a incrementar la natalidad.

En el contexto del interés provocado por este problema real y las soluciones que al mismo se aportaron, es donde hay que situar las amplias y detalladas investigaciones que los demógrafos húngaros vienen desarrollando desde 1950, y que les ha colocado a un alto nivel internacional, con nombres como Berend, Danyi,

Huszar, Klinger, Szabady y el propio Andorka, el cual rompe tanto el estilo monográfico y empírico de sus compatriotas como los moldes de investigación en los países socialistas, tal y como conocemos a partir de la obra de D. Valentei (*Teoría de la población*, Moscú, Edit. Progreso, 1978), el cual rechaza en su totalidad las aportaciones de los «demógrafos burgueses». Andorka prescinde de prejuicios ideológicos previos y utiliza, sin otro criterio que el puramente demográfico, investigadores tanto «burgueses como socialistas» con el resultado de obtener la compilación más completa que se conoce, al sobrepasar el mutuo desconocimiento de las investigaciones que se realizan en los países occidentales por un lado y en los socialistas por otro.

Debemos tener en cuenta que Andorka aclara desde el comienzo que no le impulsa ninguna intención de aportación novedosa, sino tan sólo una compilación sistemática sobre lo ya realizado en el tema de la fecundidad. No cabe duda de que este resumen puede ser extraordinariamente útil para los investigadores españoles.

Sin embargo, y a pesar de ser tan completa tal compilación, no logra superar el obstáculo de una buena sistematización, y, como iremos viendo, en ciertos momentos realiza una mera enumeración de teorías e investigaciones empíricas, sin otro valor que el informativo.

El libro se encuentra dividido en dos partes claramente diferenciadas, en la primera (capítulos 2, 3 y 4) se presentan todas las teorías y estudios que se han realizado sobre fecundidad, en la segunda parte (capítulo 5), analiza cada una de las variables que, con mayor frecuencia se han utilizado

en las teorías y estudios de la parte anterior.

En la primera parte es preciso reconocer que la sistematización es una tarea realmente complicada, ya que son varias las disciplinas que se ocupan de la fecundidad, con técnicas y metodologías de lo más dispares y que cada disciplina utiliza indistintamente, en una multiplicidad infinita de monografías. Andorka aborda este bloque diferenciando conceptualmente las «Teorías de la Fecundidad», los «Determinantes Históricos de la Fecundidad» y las «Fuentes de datos sobre los determinantes sociales de la Fecundidad».

En el primer apartado, «Teorías de la Fecundidad», parte, como es lógico, de Malthus, preocupándose por demostrar las notables diferencias existentes entre la primera y la sexta edición del «Primer Ensayo sobre la Población», diferencias que son verdaderas contradicciones y que dan lugar a diferentes interpretaciones, no sólo del malthusianismo, sino que están en la raíz de muchas de las polémicas teóricas que sobre la fecundidad se han desarrollado en los últimos decenios.

A continuación desarrolla la evolución de la teoría de la transición demográfica en la obra de diversos autores. En su origen, Landry (1934) expuso la teoría de la transición demográfica definiendo las tres fases clásicas, la cual fue subdividida en cinco fases por Blacker (1947), posteriormente se le ha tratado de dar una dimensión más amplia y Notestein (1953) ha introducido aspectos económicos que se interrelacionan con mortalidad y fecundidad. A pesar de todo ello, opina Andorka y estoy de acuerdo con él y con otros autores como Coale (1973), la teoría de la transición demográfica no logra un nivel

explicativo, por lo que queda inutilizada en su conjunto, aunque se elaboran diversas alternativas como la *Teoría de la respuesta polifásica*, de K. Davis (1963), cuyo relativismo anula sus posibilidades como teoría general, en mi opinión. Más recientemente Caldwell (1976) ha propuesto el restablecimiento de la teoría partiendo de una serie de premisas como la irracionalidad de las poblaciones subdesarrolladas y la urbanización como condición a la transición, precondiciones que, según Andorka, nada tendrían que ver con el planteamiento y posterior desarrollo del núcleo de la teoría de la transición demográfica.

Finalmente, concluye este apartado con las «Teorías Económicas de la Fecundidad». En este capítulo da a conocer a un conjunto de autores a los que denomina genéricamente como «Escuela Americana», en los que no vamos a entrar, pero sí indicar que es un poco absurdo englobar bajo el mismo epígrafe a los miembros de la que ha venido en denominar «Nueva Economía Doméstica» (Becker, Okhun, Mincer) y a sus críticos (Liebestein, Blake, etc.). Por otra parte, expone las ideas de dos autores polacos, Smolinski y Roeske-Slomka, que partiendo de concepciones teóricas muy diferentes a las americanas, llegan a conclusiones muy similares a las de la «Nueva Economía Doméstica» como consecuencia de la identidad de comportamientos ante la fecundidad en los países industrializados de cualquier tipo.

En cuanto al tema de los «Determinantes Históricos de la Fecundidad» Andorka describe, en primer lugar, las técnicas y fuentes utilizadas por la demografía histórica como son: reconstrucción de familias y genealogías, re-

gistros parroquiales, fuentes literarias, datos censales anteriores a la revolución industrial, etc.

En general, en este apartado, más que analizar los determinantes a que hace referencia el título, ya que en realidad no existen datos sobre los mismos, se centra más en las investigaciones dedicadas a rastrear los indicios que muestren la existencia o no de un control de la natalidad antes de la revolución industrial. Queda ahí resumida la obra de una serie de autores dedicados a la demografía histórica como son Henry, Wrigley, Livi-Bacci, Bourgeois-Pichat, etc., cuyas conclusiones compara con las suyas propias en este campo, para llegar a establecer finalmente que existe un consenso en que el control de la natalidad era practicado de una forma u otra antes de la Revolución Industrial y señalando que «la propiedad» incidía en el uso de dicho control. A pesar de tal conclusión, creo que Andorka pierde el horizonte de sus objetivos como compilador para involucrase en una maraña desafortunada de estudios históricos.

Para finalizar lo que he llamado primera parte, hay en el libro un capítulo dedicado a «Fuentes de datos en los determinantes sociales de la fecundidad», subdividido a su vez en las siguientes secciones:

1. Series temporales de estadísticas vitales (correspondientes al Movimiento Natural de la Población Española).
2. Datos censales de Fecundidad.
3. Análisis longitudinal internacional y regional.
4. Encuestas de Fecundidad.

Cabría esperar de este apartado, un análisis de la validez y utilidad de los datos, según la modalidad de recogi-

da de los mismos, sin embargo, ello ocupa un lugar absolutamente secundario. A lo largo de estas cuatro secciones obtenemos un gran número de datos sobre fecundidad diferencial y tendencias en distintos países, entre los que recibe especial atención Hungría, hecho lógico si tenemos en cuenta que el autor es húngaro. Lo que ya no es tan lógico es realizar un análisis comparativo entre Hungría y Estados Unidos partiendo de medidas de fecundidad distintas (hijos nacidos por 100 mujeres casadas según edad en Hungría e hijos nacidos por 1.000 mujeres blancas en edad de procrear en EE.UU.), error metodológico inaceptable. Por otro lado, en este apartado aparecen autores de teorías económicas de la fecundidad no citados en su apartado correspondiente como son los casos de Kuznets y Easterlin. Como no todo va a ser negativo hay que destacar que la sección «Encuestas de Fecundidad» reviste un interés especial. En ella se da cuenta de las encuestas de fecundidad más importantes, correctamente elaborada en un sentido cronológico, comenzando por la de Indianápolis, que es la primera de todas, realizada en 1941, a continuación la de Princeton y posteriormente la G.A.F. (*The Growth of American Families*); de todas ellas se muestran las variables analizadas, los errores metodológicos cometidos y algunos de los resultados obtenidos, además se analiza el interés de otros países de Occidente y socialistas en estas encuestas de fecundidad y los enfoques particulares que dan a las mismas.

La segunda parte de este libro, «Factores sociales de la Fecundidad», es la más importante, a pesar de que en ella se introduzcan factores como los psicológicos y las políticas de po-

blación o en otro momento factores demográficos, que si bien son importantes factores a analizar, no desde luego bajo la denominación de «sociales». Tales factores son: 1. matrimonio y conocimiento y práctica del control de natalidad; 2. renta; 3. estatus socioeconómico; 4. educación; 5. movilidad social; 6. residencia rural-urbana; 7. migraciones; 8. trabajos y emancipación de la mujer; 9. denominación religiosa y etnicidad; 10. factores psicológicos; 11. políticas de población. La división entre factores objetivos y subjetivos que el propio autor realiza al presentarlos, queda rechazada por él mismo a renglón seguido, alegando que no es tan clara como se podría suponer.

Es imposible entrar en todos estos factores en una crítica, entre otras cosas por motivos de espacio, pero sí quiero resaltar algún detalle que al posible lector del libro le podría llamar la atención.

Al hablar de la variable matrimonio y conocimiento y práctica del control de la natalidad la define como «determinantes geográficos intermedios»; cualquier iniciado en el tema de la fecundidad esperará encontrar una amplia referencia a «las variables intermedias» de K. Davis y, sin embargo, se encontrará con que éste es el gran ausente dentro de este apartado, se habla de edad al contraer matrimonio, de celibato, de divorcio, de viudedad, etcétera. Cita autores como Shortes, Laslett, Knoden, Hajnal, Wrigley, Campbell, Westtoff, etc., pero se olvida de Davis, el único teórico que ha definido precisamente estas variables.

Otro hecho que llama la atención es la escasa relevancia que Andorka concede a las migraciones, que en estudios de fecundidad diferencial re-

sultan tan importantes, al menos en nuestro país. Da la impresión de que Andorka se ha sentido obligado a introducirlos como consecuencia de su interés a nivel internacional, pero que desconoce el contenido de este factor, por la escasa importancia de éstas en Hungría.

Por último, constatar que el análisis del factor renta resulta de gran interés para los sociólogos en su versión de «renta relativa», que es el resultado de una apreciación subjetiva del individuo con relación a un grupo de referencia (familiar, vecinal, etc.).

No se puede dejar este apartado sin hacer una consideración de conjunto. En general, el estudio de estos factores es el resultado de una visión muy completa, además de compleja, de la fecundidad. En cada uno de los factores son numerosos los autores analizados, las encuestas ya citadas están también presentes y, en definitiva, es un derroche de documentación recogida y ofrecida al lector interesado.

Conscientemente, he empezado por presentar el libro a partir del capítulo segundo, lo que no constituye un olvido, sino la consideración de que tanto el primer capítulo como los finales son partes menores del libro, aunque la conclusión merezca mención especial por su contenido sociológico.

El texto comienza (capítulo I) con una serie de definiciones de medidas de la fecundidad: tasa bruta de natalidad, tasa general de fecundidad, tasa específica de fecundidad, tasa bruta de reproducción, etc., y una breve información de lo que se entiende por fertilidad, como punto de partida para el posterior estudio sobre los factores sociales que inciden en la fecundidad.

Finaliza el autor con una visión somera de las recientes investigaciones que tratan de desarrollar una teoría

explicativa de la fecundidad; en primer lugar retoma de nuevo las teorías económicas de la fecundidad, en las que un hijo es un bien de consumo. Intenta escudriñar en la sociología para lograr lo que él llama un «bosquejo de una teoría sociológica de fecundidad», en la que las aportaciones más importantes serían las de Freedman y Hawthorn, para pasar a continuación a buscar indicios de síntesis entre ambas, que estaría centrada en la persona de Easterlin, del que hasta el momento no se nos había contado lo fundamental, su hipótesis, en lo que se considera el comportamiento fecundo como el resultado de una elección familiar en la que el *estatus* relativo, que consiste en comparar el *estatus* actual de la pareja con el que vivieron en casa de sus padres durante la adolescencia, es lo determinante. En muy pocas páginas, Andorka ha querido decir mucho. Por supuesto, no pasa de mero «bosquejo» esto que él llama síntesis, aunque deja abierta una vía por la que podrían discurrir futuras investigaciones.

Pasando, para terminar, a las conclusiones, hay que decir que Andorka en ningún momento ha tratado de realizar aportaciones espectaculares, como ya se ha dicho. Sin embargo, es obvio que después de semejante paseo por la literatura de la fecundidad pueda llegar a ciertas conclusiones. Respecto de los factores sociales de la fecundidad, según Andorka, tres se han verificado correctos; éstos son: renta, residencia rural, urbana y trabajo y emancipación de la mujer.

Al margen de esta conclusión hay una mucho más global, que afecta a la distribución de las competencias científicas entre las diferentes disciplinas, ya que Andorka afirma que ni la demografía ni la economía por sí mis-

mas han alcanzado a dar niveles explicativos de la fecundidad y «se hace patente, por tanto, la necesidad de una teoría sociológica de la fecundidad que explique la influencia de las condiciones sociales de la fecundidad a través de las normas, valores y actitudes concernientes a la misma».

Como conclusión personal debo señalar de una forma sintética que el texto ha dejado patentes algunas cosas: que siendo el trabajo más sistemático realizado hasta este momento adolece de un ordenamiento lógico, tanto por ser pionero como por la dificultad de organizar todo el material existente sobre fecundidad. Otra nota es la abundancia de documentación y bibliografía (aproximadamente 900

referencias), que le convierten en una auténtica «enciclopedia de la fecundidad».

Creo que el objetivo de Andorka se ha cumplido: ha informado cumplidamente y, desde luego, ha estimulado o estimulará a todos los lectores interesados en la fecundidad y que reflexionen sobre la relatividad de las diferentes aportaciones teóricas.

Sólo me cabe señalar que para cualquier investigación empírica que se vaya a realizar sobre fecundidad en nuestro país, caracterizado, por otra parte, por un claro desfase teórico, el libro de Andorka es un manual de uso obligatorio, por lo que hago votos para su pronta traducción.

JOSUNE AGUINAGA ROUSTAN

ALPHONS SILBERMANN

**Communication de Masse
(Eléments de sociologie empirique)**

(París, Hachette Université, 1981, 126 págs.)

El libro de Silbermann produce, a primera vista, la impresión de ser una mera bibliografía comentada y el miedo a perderse entre el bosque de citas no parece incitar a la lectura. Una vez comenzada se descubre que no es así. Silbermann conduce al lector de forma ágil y clara a través de las diferentes obras y autores que ha contribuido a la sociología empírica. A veces los largos paréntesis de autores citados parecen ahogar el discurso teórico y otras se tiene la sensación de que éste es insuficiente, pero, en

conjunto, el autor ha logrado su propósito de «proporcionar una descripción sistemática de los resultados más esenciales de la investigación empírica en la comunicación de masas»¹. Silbermann pone de manifiesto también campos concretos de la investigación que no han sido suficientemente desarrollados y propone otros aún vírgenes.

Su libro tiene claramente un fin didáctico. Silbermann realiza una selec-

¹ SILBERMANN, p. 11.

ción entre los numerosos títulos existentes que evite al estudiante o al investigador perderse. No entra en polémicas, se limita a constatar resultados de investigaciones y a citar otros autores coincidentes o que pueden aportar nuevos datos. Incluso sus discrepancias son breves, como dejando al lector que adopte su propia postura recurriendo a las fuentes. No quiere decir esto que el libro resulte aséptico, y hay puntos discutibles, algunos señalados por el mismo autor, pero más que a la polémica tiende a la utilidad como libro de introducción y consulta para los interesados en la sociología empírica de los medios de comunicación de masas.

Silbermann demuestra que es posible una investigación que, sin menospreciar las aportaciones teóricas y metodológicas de la psicología social, así como de otras disciplinas, recoja aspectos esenciales del proceso social que no habían sido tratados por ellas. Su libro es sobre todo una clara y documentada exposición de los pasos que han llevado a una sociología de la comunicación abierta a otras disciplinas, dinámica y orientada hacia el futuro, sobre el que el sociólogo, como dice Silbermann, tiene mucho que decir, no que aventurar, en base a los estudios científicos empíricos.

Silbermann comienza por anotar una serie de problemas previos, como es la ambigüedad del término «comunicación de masas», la confusión entre «comunicación» y «medio» y la ausencia de una teoría global sobre la comunicación de masas, ya que la doctrina sobre medios y efectos toca sólo aspectos parciales. La ausencia de esta teoría se debe a la naturaleza y al origen del problema del que se ocupa la ciencia de la comunicación de masas. La técnica es condición de toda

comunicación, y su avance sobrepasa toda teoría, que también se ve sobrepasada por la aceleración temporal y económica. La sociología de la comunicación de masas se ve obligada a recoger aportaciones de otras ciencias, en particular de la psicología social, ya que su objeto afecta a la vida social, económica, política y cultural, así como a la persona y su conducta. Los enfoques psicosociológicos y sociológicos del estudio de la comunicación de masas son insuficientes por separado; la psicosociología estudia los comunicadores, los contenidos, los receptores y los efectos; la sociología analiza la estructura funcional del conjunto del sistema de comunicación. Los objetos de estudio de los psicosociólogos permiten usar métodos y técnicas específicos y tienen bases teóricas, mientras que los problemas que interesan a los sociólogos están sometidos a constantes cambios y los criterios han de ser modificados constantemente, los apriorismos y las estimaciones no son científicos.

Al tratar del desarrollo y del estado actual de la comunicación de masas define la historia de la sociología de la comunicación como «historia del exorcismo de los todopoderosos *media* por la investigación racional»² y lo aborda desde tres perspectivas simultáneas: historia de la crítica del concepto de masas, historia y desarrollo del concepto comunicación e historia de la aplicación de los conocimientos de las ciencias sociales a la práctica de los *media*. Se refiere también al mito de los *mass media* como creadores de mundos al margen de la realidad, por una parte, y, por otra, como causantes de todos los males sociales. La ambigüedad del concepto

² SILBERMANN, p. 14.

masas y su pérdida de racionalidad y libertad, según dice Silbermann, se mezclan en la sociología y psicología vulgarizadas con los términos industria cultural, conformismo, manipulación, cultura de masas, infantilización... Y, en la literatura marxista, masificación y alienación resultan sinónimos. Actualmente ya no se puede investigar a los media aisladamente en tanto que tales, sino que se hace necesario ver su significación dentro del sistema cultural, «así la sociología de la comunicación de masas llega a ser sociología de la cultura»³, y la base de su teoría es el reconocimiento de la importancia de la comunicación para la organización social y para la cultura.

El investigador necesita que los diferentes modos de transmisión de esa comunicación aparezcan sin ambigüedad; debe distinguir entre comunicación directa e indirecta y entre técnicas primarias y secundarias para poder llegar a los objetivos de la comunicación. Silbermann nos dice también, insistiendo mucho en ello, que «en el estado actual de la sociología de la comunicación de masas hay que subrayar el hecho de que la cuestión principal no es el atributo de carácter de masa o la naturaleza de la comunicación, sino su desarrollo futuro...». El que piense que los procesos sociales de la comunicación de masas tendrán ahí (se refiere a la transformación del pensamiento y la acción humanas) un papel verdadero, «no podrá evitar trasponer el pasado en el cuadro del porvenir»⁴. Hasta la sociología marxista-leninista persigue hoy objetivos del porvenir, aunque sigue viéndolo desde la perspectiva de modelaje de la conciencia social, lo

que Silbermann califica de negativo porque, al ir contra la ideología, termina por convertirse en ideología, mientras que la investigación empírica en comunicación de masas se encuentra en una fase desde los años 60 que él califica de muy positiva.

En la segunda parte del libro analiza los resultados de la investigación empírica y consta de tres partes: obras y fuentes, principios para una teoría sociológica de la comunicación y estudios de los medios. La relación de libros introductorios, bibliografías de otros autores, diccionarios, publicaciones periódicas, *readers*, manuales y artículos es suficientemente amplia. Al tratar de los principios para una teoría sociológica de la comunicación opina que el proceso comunicativo ha de ser considerado en su desarrollo dinámico y en conjunto, con todos sus elementos, como parte integrante del proceso social. Cita numerosos autores, destacando brevemente lo más importante que aportaron desde el papel de las variables psicológicas hasta el de los factores socio-económicos, sin olvidar los estudios de Katz, Lazarsfeld, Berelson, Hulett, Lerner... Reproduce algunos cuadros sinópticos que resultan clarificadores y didácticos. Estudia luego el comunicador y los factores que le influyen, los efectos de prestigio y credibilidad, así como los sistemas totalitario y liberal que están tras él. Hace referencia también a estudios sobre el *feedback*.

Las investigaciones sobre contenido las clasifica por centros de interés; estudia la influencia de los factores emocionales e irracionales, el conocimiento previo y los criterios establecidos, así como los factores psicopsicológicos. En los media trata dos aspectos de la investigación empírica: su concurrencia y su actividad diferen-

³ Página 17.

⁴ Página 21.

cial y acumulativa. Los trabajos de investigación sobre el receptor lo agrupa en tres grandes bloques: influencia de los factores sociales e individuales, del proceso de difusión y de los efectos. Varias páginas van dedicadas a comentar la numerosa bibliografía existente sobre el tema de los afectos, cuya investigación, según Silbermann, también exige una perspectiva multidisciplinar. Para una sistematización de los efectos parte de la dimensión en la que se producen, sigue con los objetos de los efectos, su dirección, la intensidad y la duración, todo ello según la tipología de Merton. Luego analiza las tesis de Klapper desmitificadoras de los efectos de la comunicación, mediatizados por múltiples factores.

La bibliografía sobre opinión pública es numerosa y está agrupada en concepto, funciones, relaciones, opinión pública y colectividades, opinión pública y participación, opinión pública y formulación de temas de circunstancias, líderes de opinión e influenciados, campañas de propaganda y opinión pública, influencia de la minoría y la mayoría y, finalmente, tendencias.

A continuación incluye el estudio de medios. Justifica esta solución investigadora, en apariencia opuesta a su afirmación anterior de que no era posible aislar el medio, diciendo que «va a demostrarse, sobre todo si consideramos el futuro de los media, que una investigación orientada al medio tiene sentido y es incluso necesaria para comprender los problemas actuales de la investigación en comunicación de masas»⁵. Es necesario tener en cuenta que la técnica avanza más rápido que los investigadores y que

continuamente se están produciendo nuevas circunstancias; por ello, «hablar de principios de la comunicación de masas sería un absurdo»⁶. Esto parece una afirmación demasiado tajante, e incluso resulta algo contradictoria con sus ataques a quienes no tienen en cuenta los análisis racionales y los resultados obtenidos en investigaciones anteriores.

Respecto al estudio del proceso de la comunicación, Silbermann nos dice que es más psicosociológico, mientras que el del sistema ha de enfocarse desde una perspectiva sociológica y política, aunque afirma que estas distinciones son puramente un medio de análisis sistemático; la realidad social no se deja reducir de modo tan abstracto. No se pueden separar los media del conjunto de instituciones del sistema: gobierno, familia, partidos... Ni tampoco puede darse la influencia de un medio separado de los otros, que también se influyen entre sí. No obstante, Silbermann emprende un estudio por medios aislados. El primero es la prensa escrita, de la que existe abundantísima bibliografía, referida principalmente a sus funciones sociales, culturales y económicas. Al tratar del cine afirma que «la explicación científica es practicada todavía con un apriorismo estrictamente orientado hacia el medio, que se camufla bajo los términos de filmología y estética del cine»⁷. Sobre la radio dice que se ha estudiado su utilización para el desarrollo desde un punto de vista político, pero hay una gran laguna. Sigue, hoy como ayer, primando el problema socio-político del control de las actividades radiofónicas. Sobre televisión destaca sus tres dimensiones: política, estético-moral y científica

⁵ SILBERMANN, págs. 5-6.

⁶ SILBERMANN, págs. 5-6.

⁷ SILBERMANN, pág. 63.

Comenta bibliografía sobre la influencia de la televisión en el comportamiento infantil y juvenil, la televisión educativa, y finaliza proponiendo varias direcciones de estudio e investigación.

Del libro y el disco afirma que «se encuentran, como la radio y la televisión, en el centro del proceso de polarización de la cultura de élite y la cultura popular. El libro y el disco han hecho, los primeros, posible la reproducción ilimitada en cantidad de la obra de arte»⁸. Incluye los habituales estudios de contenido y termina con una breve referencia al *affiche*.

La tercera y última parte del libro está dedicada a los problemas particulares de la investigación actual en comunicación de masas. Es una breve exposición bajo los epígrafes «Comunicación de masas y cambio social» y «Comunicación de masas y desarrollo de las técnicas de comunicación». Hoy ya está descartado el peligro del mito de una teoría monocausal del cambio social, de una reducción al fenómeno de los medios de comunicación. Como dice Silbermann en el campo de la comunicación de masas y su relación con el cambio social, todos los países se encuentran (aunque en niveles diferentes) en lo que podría llamarse «vías de desarrollo». Como la relación de la comunicación de masas con el desarrollo en general es demasiado compleja, se ha parcelado y estudiado por separado el desarrollo económico, político, social y cultural relacionado con los *mass media*. En los «países atrasados», como prefiere llamar Silbermann, según denominación de Sauvy y Koning, a los que otros llaman en «vías de desarrollo», los *mass media* representan las «con-

diciones necesarias, si no suficientes, de una actitud cultural favorable al progreso»⁹, y la investigación en comunicación, sobre todo la investigación empírica, «cumple la función de *feedback* indispensable para la comunicación estratégica, que envía al emisor la reacción del receptor»¹⁰. Silbermann hace aquí también una afirmación discutible al calificar de positiva la estandarización de contenidos por los *mass media*. El dice que es dar un «carácter común» y un «sentimiento de pertenencia común» a las subculturas y a sus miembros.

Para finalizar se refiere a los medios técnicos todavía sin perfeccionar o comercializar, como son los videocassettes, video-discos, televisión por cable, periódico electrónico... Trata los temas de concurrencia, credibilidad, monopolio, estatización o privatización, funcionamiento... El uso de los satélites de comunicación presenta una problemática muy amplia, de la que Silbermann aporta documentación bibliográfica. El tercer grupo de problemas sería la definición de las necesidades de la sociedad en el cuadro de los nuevos media. Es aquí donde, según el autor, resulta necesaria la participación de la investigación social empírica para definir esas necesidades, tarea que ahora ocupa a funcionarios o políticos que, como dice Silbermann, «no saben nada de sociología». Y como las innovaciones técnicas se suceden continuamente, será necesario «hacer de la sociología de la anticipación una disciplina científica de la investigación social aplicada»¹¹.

La bibliografía aportada por el profesor Silbermann supone varios cente-

⁸ SILBERMANN, pág. 87.

⁹ SILBERMANN, pág. 93.

¹⁰ SILBERMANN, pág. 93.

¹¹ SILBERMANN, pág. 97.

nares de títulos, muchos de los cuales ha ido citando a lo largo de su exposición, facilitando así la selección de los mismos según el interés del lector. Repetimos que es un libro particularmente interesante para el estu-

dante o investigador de los *mass media* por la visión global que aporta de la investigación empírica en sociología de la comunicación de masas.

MILA PÉREZ PRIETO

JACQUES ATTALI

El orden caníbal (vida y muerte de la medicina)

(Barcelona, Ed. Planeta, 1981)

El proyecto del polifacético Jacques Attali, ingeniero, profesor de economía, investigador y actual consejero de Mitterrand, es rastrear la historia del hombre a través de la lucha que éste mantiene contra el Mal, en concreto contra la enfermedad. La hipótesis general de «El orden caníbal» es que el canibalismo, es decir, la gestión del Mal, es una constante que la Humanidad retoma una y otra vez bajo diversas formas. Así, partiendo de una exposición cronológica del tema, se pueden distinguir cuatro grandes paradigmas u «órdenes» desde las primeras culturas de la actualidad:

1. En el principio era la antropofagia: se espanta al Mal, instalado en las almas de los enfermos o de los muertos, comiéndolo. El canibalismo primitivo no es una forma de mitigar el hambre o de canalizar la violencia (como diría una superficial explicación funcionalista), sino una terapia simbólica para defenderse del «Maligno» en un mundo sin dioses.

Posteriormente, cuando éstos aparecen, se pasa del canibalismo sal-

vaje, que supone una peligrosa tendencia suicida y anárquica, a un canibalismo simbólico que ritualiza la violencia (a través de la ofrenda sacrificial, el exorcismo, etc...) y la hace divina. El sacerdote, en tanto que mediador con los dioses, es el primer terapeuta. En este Orden de los Dioses se incluye el Cristianismo, que entiende la enfermedad (física, moral o social) como producto del Mal y para cuya curación es precisa la Redención del género humano. Cristo vendría para remediar esa culpa genérica y se ofrecería a sí mismo como objeto excelso del espectáculo caníbal.

Con la Edad Media los signos ofrecidos a los dioses son los pobres y los enfermos, aparece el hospital como centro de piedad en el que redimir las almas poseídas o los cuerpos corruptos.

2. El Orden de los Cuerpos comienza cuando las grandes epidemias, con la peste a la cabeza, asolan Europa y los dioses son ya incapaces de conjurar sus daños. Pasa entonces el Mal de manos del poder religioso a

manos del poder político, y no es pecado, sino delito; no se inscribe en el alma, sino en el cuerpo. La Epoca Clásica no quiere destruir el Mal (por su ingestión directamente caníbal o por una ofrenda mística), sino contenerlo, ocultarlo: los «cuerpos del delito», es decir, todos aquellos que pueden ser pasto del Mal (mendigos, leprosos, marginados, etc.), deben ser denunciados, vigilados y encerrados en el hospital, símbolo de «El gran encierro» (ver Foucault: *Historia de la locura*) y del espectáculo conjuratorio que el poder absoluto ofrece a sus súbditos para demostrar la capacidad ostentatoria de su fuerza.

Puesto que la vida ha cobrado valor por sí misma, la muerte representa un peligro, una amenaza de destrucción social para un Orden donde predomina la política, concebida como despliegue personal del monarca. El sacerdote, mediador con los dioses, es sustituido por el policía, mediador con el Estado.

En esta estrategia represiva el médico emerge como ayuda eficaz del policía, en cuanto que denunciador del Mal que hay que separar y encerrar, pero, carente de un saber eficaz que ataje la enfermedad, se le considera sólo como auxiliar del policía, verdadero terapeuta del Orden de los Cuerpos. La medicina es aún arte y no saber, secreto y no terapéutica.

3. A finales del siglo XVIII, con la recesión de las epidemias y la consiguiente recuperación demográfica y económica, hace su aparición el Orden de las Máquinas (cuyo capítulo es, en mi opinión, la parte menos interesante del libro, por caer el autor tanto en la reiteración de los temas —así, por ejemplo, sobre el nuevo papel del médico, sobre la lógica del liberalismo, etcétera...— como en un exceso de

documentación que, aunque necesaria para el rigor de las exposiciones, supone una pérdida del estilo sugerente del resto de la obra), que se prolonga a lo largo del siglo XIX y mitad del XX.

Desaparecidas las grandes epidemias, el pobre, el enfermo, ya no infunde temor, sino que es el signo de males sociales que deben ser analizados y remediados. Para esta nueva forma del Orden caníbal el Mal no es el enfermo, el pobre, sino la enfermedad, la pobreza, que se distigue del cuerpo que lo vive. En el primer capitalismo industrial, el cuerpo es metáfora de la máquina y la muerte su desgaste; por ello el cuerpo ya no es delito, sino potencial capital que hay que cuidar en aras de la productividad.

La enfermedad pierde su carácter esotérico o maligno y se hace neutra y científicamente observable; el policía cede su puesto de terapeuta al médico, cuya gestión se debate todavía entre la caridad y la eficacia (Attali alude a la figura del médico rural en la literatura francesa de finales de siglo —Flaubert, Balzac—), y la medicina se vuelve un problema político y económico.

El Estado liberal ya no es el actor que asusta a los enfermos, tal como lo era en el Orden anterior, sino un «director de escena» distanciado cuya principal función no es contener el Mal encerrándolo, sino conjurarlo económicamente por medio del seguro que lo previene y remedia; el Mal es entendido como avería, excepción de la máquina social cuyo flujo natural es el Bien. Así, el liberalismo se mira como un sistema que produce la economía más racional y la sociedad más sana, perfecto reflejo de una naturaleza definitivamente superada.

El desarrollo de la sociedad de consumo supone la crisis del Orden de Máquinas: el propio sistema económico engendra un mal (alcoholismo, adicción, paro, depresión, etc.) que es incapaz de contener; como mucho, ofrece la posibilidad de ejercer un canibalismo individual a través de los objetos de consumo, que desplazan metafóricamente el deseo de los cuerpos (este complejo proceso, lejos de ser mínimamente explicado, se despacha en unas líneas cargadas de contenido psicoanalítico de difícil comprensión para un lector no iniciado en los caminos del cripticismo lacaniano. Así, por ejemplo: «El mal es siempre, por tanto, la huella del deseo, de la culpabilidad y del peligro que el otro representa, la marca en hueco de la necesidad y si el mimetismo funda el deseo es como recuerdo del capitalismo» (pág. 190).

En el terreno médico, el cáncer es el símbolo del gran fracaso de la medicina industrial; el cuerpo médico entra en un creciente descrédito a la vez que los gastos sanitarios suponen un despilfarro económico inútil si se tiene en cuenta que los cuidados más costosos se dedican a la población improductiva, los viejos. Y se hace necesario un orden radicalmente nuevo que resuelva la crisis que ha invertido la lógica del capitalismo.

4. El Orden de los Códigos resuelve esta situación de crisis. Attali presenta en este capítulo un futuro espeluznante, desolador o cuanto menos sorprendente, aunque advierte que no trata de «... designar cierta invariable mecánica de la historia, una mecánica irreversible del porvenir, sino de describir la figura más probable del futuro, implicada por la puesta al día de un sentido del pasado» (página 214).

La hipótesis general es que la salud constituye el lugar de aparición de un nuevo mercado mundial del consumo. Este proceso se dará en tres fases, de las cuales sólo veremos los primeros signos: en primer lugar, y puesto que la «hipervigilancia de los curadores», esto es, el control del derroche económico del cuerpo médico, es insuficiente para solucionar la crisis, será necesario hipervigilar a los propios enfermos, enseñándoles a conformarse a una norma de salud obligatoria, la «copia», modelo de vida cuyo apartamiento produce la enfermedad. Así, el Mal es ahora desobediencia a la norma, diferencia voluntaria, rebeldía.

Pero para vigilarse se necesitan instrumentos apropiados que posibiliten la auto-observación: son los «espejos del cuerpo» cuya mercantilización permite salir de la crisis económica sanitaria, a la vez que supone la progresiva desaparición del médico («El médico borrado del futuro», tal como reza la publicidad del libro), debida tanto a la adquisición de prótesis (órganos artificiales, marcapasos y, por extensión, todos los aparatos que permitan leer la anormalidad corporal), futuros objetos de consumo al alcance de todos, como por los nuevos mediadores del Mal, los bioingenieros, prescriptores de prótesis primero, constructores de estructuras genéticas adaptables a la copia o modelo de vida, después.

Y así llega a la última fase del Orden de los Códigos: el reino de la mercancia canibal a través de la cual el Orden capitalista se ha reactivado mostrando su dinámica patógena (precisamente lo contrario de la estrategia defensiva del Orden de los Cuerpos) y proponiendo la solución individualizada («que cada uno sea su médico»)

a través de la prótesis: «... el hombre mismo, ya vendedor de su fuerza de trabajo consumida por la clase capitalista, futuro consumidor de las copias del hombre vendidas por el capital» (pág. 259). Es el tiempo en el que el control político se reducirá a hacer internalizar la norma, en el que el Mal, enfermedad o disidencia, será un mero «ruido» de un código genético que corregir.

Este capítulo de «El Orden caníbal», con mucho el de más difícil comprensión para un pagano en temas de biología, bioquímica o informática, termina presentando un mundo futuro compuesto por objetos biológicos equivalentes en perfecta yuxtaposición, adecuada a las necesidades del momento. Al parecer, en la larga marcha del hombre en su lucha contra la enfermedad, la muerte, en su atávico «negocio» con el Mal, llegaremos a «dissolver la vida para retrasar la muerte», en resumen, abocaremos a la muerte del Hombre como tal.

Las catastrofistas conclusiones de Attali pueden sonar a falacia teórica, sutil paranoia intelectual producto de un humanismo que no pocos juzgarán anacrónico. De cualquier forma, a pesar del estilo denso y con frecuencia oscuro del autor (especialmente la última parte que, además de servir de reclamo publicitario, es la más interesante por la inevitable fascinación que ejerce en nosotros el futuro adivinado) vale la pena sumergirse en «El Orden caníbal», sugerente, inquietante, apasionante, en fin, y, tal vez, decir con Attali: «Así puede cambiar el hombre (...). No aceptando las formas abominables del porvenir y testimoniando el sentido intolerable del pasado que las implica, puede todavía escucharse la lección de la vida amenazada de muerte, resignarse a la dura rebelión, y comer en sí mismo la violencia para darle la vuelta al orden de vida» (pág. 265).

HELENA BÉJAR

CIENCIA Y PRISION GENETICO-AMBIENTAL

J. J. BLANCO Y J. LÓPEZ PIÑERO

Historia y Sociología de la Ciencia en España

(Madrid, Alianza Editorial, 1979, 195 págs.)

¿Puede América Latina lograr y mantener un avance científico sostenido? ¿Es capaz de conquistar excelencia científica en algún campo? ¿De dónde emana el atraso estructural y cualitativo de la investigación? Considerando las tendencias autoritarias

de algunos regímenes de la región, las limitaciones de los *conacyts* y *conicits*, y la irracionalidad institucional e institucionalizada de algunos centros de educación superior, ¿existen vías para superar el atraso? ¿O ya es demasiado tarde, si ponderamos el avan-

ce científico-técnico de países que han tomado la delantera en la microelectrónica, la robotización industrial y la bioingeniería?

Con estas preguntas apremiantes me metí en este libro buscando algunas raíces, algunas respuestas, a mi inquietud. De la zambullida salí seco y decepcionado. Pero la decepción fue fecunda: ahora estoy convencido de que en América Latina estamos atrapados en una prisión cognitiva, en un paradigma equivocado, en una red histórica dispensable, factores todos que impiden una respuesta —razonada y sin malicias— a las preguntas de arranque.

Veamos la cuestión del origen del estancamiento científico. Blanco y López Piñero pretenden explicar la marginalidad científica española en una perspectiva histórica amplia. La explicación nos interesa por razones obvias.

Estos autores señalan con acierto que la época medieval trajo una fecundidad inventiva apreciable (página 17); pero no en España. Aquí la escisión entre la ciencia y la técnica —rasgo del mundo antiguo— continuó. Diría en este sentido Juan Luis Vives: «... de muy atrás los sabios desdeñan apearse al plano de los artesanos» (pág. 21). En cualquier caso, la introducción de la lengua vulgar al lado del latín y el establecimiento de las universidades de Salamanca, Valladolid y Alcalá permitieron colocar bases a un progreso científico que muy pronto abortó. En 1558, Felipe II prohibió estudiar y enseñar en universidades extranjeras (pág. 31), institucionalizando el aislamiento contrarreformista. No deberá sorprender entonces que en 1616 la Sagrada Congregación del Índice declare que la

teoría heliocéntrica era falsa y opuesta a las Sagradas Escrituras (pág. 33).

De hecho —ponen de relieve estos investigadores— si no fuera por la acción atrevida y arriesgada de los conversos, la ciencia española habría entrado en coma intelectual. Así, recuerdan a Isaac Cardoso (finales del siglo XVII) que defendió el atomismo hasta que resolvió emigrar a Génova para revivir su judaísmo y la libertad de ideas (pág. 46). En este ambiente, los campos científicos son arrasados. Es excepcional el contacto con el extranjero (pág. 59), y los pocos investigadores en ciernes no pueden liberarse ni de la Inquisición ni de la educación dogmática que adquirieron tempranamente.

Este cuadro involucra dos lecciones interesantes para América Latina. Por una parte, los primeros núcleos de estudios superiores (Santo Domingo, México, Lima) fueron establecidos siguiendo esta pauta centralista, burocrática y anti-científica. Por la otra —y esta lección es de actualidad— la xenofobia y las ilusiones monetaristas aplastaron a la ciencia.

La apatía de los españoles en relación a la ciencia no dejó de preocupar a algunos de sus intelectuales esclarecidos. Así, Juan de Labriada diría que «es lástima y aún vergonzosa cosa que como si fuéramos indios (*sic*) hayamos de ser los últimos en recibir las noticias y luces públicas que ya están esparcidas por Europa...». Y Dionisio de Cardona añade: «los venideros se asombrarán de nuestra ignorancia» (pág. 65).

Un nuevo ensayo de abrir cauce a la ciencia se produce en el último tercio del siglo XVII. Pero debido al colapso político que se produjo entre 1808 y 1833, «el científico español se convirtió en un inadaptado social, y

la ciencia pasó a ser algo que vivía fuera de la comunidad nacional o a pesar de ella» (pág. 75). Esta frase tiene resonancias cercanas...

Después de este período, aparecen en España algunas luminarias científicas que en modo alguno forman escuela o gestan una élite duradera. Me refiero, por ejemplo, a Julio Rey Pastor, a Leonardo Torres Quevedo, José Comas y Solá, Enrique Moles Ornellana e, inevitablemente, a Santiago Ramón y Cajal. Pero los autores de esta obra no se preguntan por qué estos talentos no cristalizaron ni liderazgo científico ni mecanismos institucionales de acumulación intelectual. Fueron cometas fugaces. La respuesta a esta interrogante nos habría dado señales sobre el atraso científico español y sus repercusiones en América Latina.

En un ensayo separado, Blasco y Blanco se trasladan a la situación presente de la investigación en España. Basándose en conceptos e indicadores sugeridos por D. de Solla Price, estos autores subrayan la raquítica productividad científica (pág. 101), el número considerable de instituciones dizque científicas respecto al número modesto de hombres que hacen ciencia, y, en general, la ausencia pertinaz de un liderazgo científico (página 112). Cometan algunas ligerezas (como señalar a Argentina, Chile y Venezuela como los países científicamente más avanzados de la región, o clasificar al Líbano como un país africano —pág. 119—), pero plantean una interrogante pertinente que salva el capítulo: ¿es posible hacer ciencia en el idioma español? La respuesta no es clara.

En un segundo ensayo, estos autores examinan el Consejo Superior de la Investigación Científica en el período

1940-1955. El análisis tiene valor comparativo para América Latina. Así, señalan la temprana burocratización de la política para la ciencia (página 132), la discriminación estructural contra la mujer y contra el estudiante de origen rural, la conversión de los científicos en una banda de trepadores políticos (pág. 149), el aislamiento (pág. 156), y la excesiva centralización (pág. 160). España apenas dedica el 0,2 por 100 de su PNB a la investigación, y la mayor parte del gasto se orienta a financiar construcciones y costos corrientes del personal no científico (pág. 183). El resultado: «estos líderes de bata blanca que trabajan verdaderamente en los laboratorios no son muchos» (página 190). De nuevo, queja familiar; demasiado familiar.

En suma, busqué las raíces del atraso científico latinoamericano en esta obra, sin encontrarlas. Acaso mi error consistió en buscarlas en el pasado y en España. Pues la improductividad científica de la región ya no parece estar ligada con la genética histórica, sino con por lo menos tres elementos estructurales que están con nosotros: la crisis genérica de los modelos de desarrollo; la incompreensión supina del papel del científico y, en fin, la actitud entre resignada y derrotista respecto a los avances del mundo industrial que pueden entrañar una quiebra civilizatoria entre América Latina y ese mundo hambriento de recursos e innovaciones.

Teniendo presentes estos factores tal vez podamos entender por qué corrientes anti-intelectuales como el marxismo, el estalinismo o el beguínismo, no pudieron demoler la estructura social e institucional de la ciencia en los países donde se verificaron. Pero en el contexto latinoamericano

una ligera turbulencia suele desquiciar a las ciencias y a los científicos en formación. Corolario: España es responsable por su propio atraso científico mas no por el latinoamericano.

Las causas y huellas del subdesarrollo científico regional hay que encontrarlas en otras sendas.

JOSEPH HODARA

ABRAHAM A. MOLES

L'image, communication fonctionnelle

(París, Casterman, 1981)

«Se puede dudar de que exista una "ciencia del sentido", y por ello, se pueden poner en duda las ambiciones de la semiología, pero, en cambio, se puede pretender legítimamente establecer una *fenomenología del sentido*, viendo cómo éste *llena* más o menos las palabras, las cosas, las imágenes; se puede investigar empíricamente el sentido, a partir de la toma en consideración de uno de sus atributos dominantes: la *relevancia* que se origina en el campo de la percepción, remitiendo lo que sea el sentido, a lo que es el contenido de la *forma*, en lugar de remitir lo que sea la forma o lo que es el sentido» (pág. 200).

En este párrafo, que Moles introduce de pasada en una página de su último libro a aparecer en Francia, se encuentra, según mi opinión, lo esencial de la perspectiva epistemológica desde la que Moles plantea todas sus investigaciones.

Continuador de la vía fenomenológica tomada por los *gestaltistas*, Moles inicia su discurso en esta última obra con la afirmación siguiente:

«La función objetivamente más clara de la comunicación es posiblemente la de transmitir "imágenes".»

Indudablemente, si por «imágenes» se ha de entender «perceptos», resulta inconcebible que el ser vivo recurra a la comunicación si el trabajo comunicativo no fuese dirigido a la transmisión de «imágenes» o —digamos— de «perceptos». Así, una secuencia de *señales* (modulaciones energéticas) transmitidas espaciotemporalmente sólo puede servir *para* la comunicación entre seres vivos, si éstas pueden constituir algún «percepto» o «imagen». Sin embargo, es abusivo identificar lo que es un «percepto» (o «imagen») con lo que es una *expresión comunicativa*. Sobre todo si se admite la radical diferencia que existe entre *objeto de referencia* y *dato de referencia*¹.

Un «percepto» sólo cumple una *función* comunicativa si «se usa» como *dato de referencia* a propósito de un *objeto de referencia* del que los actores de la comunicación no disponen información perceptual directa. Ahora bien, una cosa es analizar el «uso» comunicacional de los «perceptos» y otra cosa muy diferente es

¹ Cfr. M. MARTÍN SERRANO y otros, *Epistemología de la comunicación y análisis de la referencia*. Madrid, 1981.

analizar el «uso» social de éstos, a partir de una catalogación sin embargo semiótica como es la de las *escalas de iconicidad* propuestas por Moles.

De hecho, en esta obra, Moles selecciona como objeto de estudio *la imagen* como réplica del objeto de referencia, aun cuando esa réplica admita mayores o menores grados de abstracción. En concreto, este libro se dedica al estudio de la «imagen dibujada» (desde el dibujo esquemático al idealista); de la «imagen ilustrativa» en un texto; de la «imagen fotográfica» (excluyendo al cine y la TV); y, en fin, al estudio de la «imagen sonora» o paisaje acústico propio del acontecer o atribuible a él.

Tanto si se trata de un dibujo como de un esquema o bien de una fotografía, la observación fenomenológica y aun la experimentación del sentido —según Moles— supone no sólo tener en cuenta el campo perceptivo, sino también el ámbito de los «usos» que las imágenes cumplen. La percepción, cuyas leyes Moles formalizó a partir de una ampliación epistemológica de la Teoría matemática de la Comunicación (o Teoría de la Información), de Shannon², es siempre una operación del individuo, estimulado por modulaciones energéticas del medio. Esa operación, dirigida a introducir un orden en la sucesión de estímulos sensoriales, le sirve al ser vivo dotado de percepción sensorial para asegurar su adaptación al medio, pero en el ámbito de esa adaptación, cabe distinguir una capacidad peculiar: la de interactuar con otros por

² MOLES, A., *Teoría de la información y percepción estética*. Madrid: Jucar, 1975; véase también en REIS, núm. 14, PIÑUEL, J. L., *Teoría de la información y ciencias humanas*, lo referente al tema.

vía de las señales sometidas a «usos expresivos». Y es el análisis de los *usos*; en contraste con las leyes formales del psicólogo, el que puede establecer la fenomenología del sentido. Esto lo sabe Moles³. Por esta razón, sin duda, lo que a Moles le interesa exponer en la obra que hoy comento, es preferentemente el *uso* de «imágenes» para «significar»:

- El *uso* de los esquemas, o de los dibujos.
- El *uso* de imágenes para la ilustración de textos.
- El *uso* de la fotografía (tanto por parte de los fotógrafos profesionales, como por parte y sobre todo del aficionado que pretende apropiarse de la estimulación visual de «sus» propios acontecimientos, etc.).
- El *uso* de los paisajes acústicos, ya sean éstos generados por el acontecer o contruidos en laboratorio para ser atribuidos a un acontecer (los efectos sonoros de la radio, por ejemplo), etc.

Sin embargo, Moles no remite los usos a procesos comunicativos, sino a procesos significativos, lo que epistemológicamente no debe confundirse. Merece la pena verlo con alguna atención.

En primer lugar, Moles plantea el estudio de la imagen como «cristalización de lo real» (cap. 1). Después de una breve síntesis histórica del papel desempeñado por la reproducción de imágenes en la evolución cultural de Occidente, advierte la relevancia del uso social de las imágenes en nuestros días, remitiéndola a una re-

³ Cfr. DEL REY, J., *Cultura y mensaje*. Introducción de M. Martín Serrano y Pablo del Río, 1977.

volución estratégica de la comunicación, de modo que por efecto del bajo costo energético en la reproducción ilimitada de imágenes en la interacción comunicativa, la imagen (álbum de fotos, la grabación *high-fidelity*) llegue a reemplazar la visita al museo, o la asistencia al concierto, por ejemplo. Si habla de estrategia de la comunicación por la imagen, lo hace basándose en la noción de *experiencia vicaria óptica o acústica* que proporciona el uso de imágenes por la transmisión comunicativa, señalando cómo «la fuerza fundamental de la imagen social (uso social de la imagen, según mi opinión) es, por consiguiente, la "figuración"» (pág. 22, el paréntesis es comentario mío). En la medida en que la figuración se aproxime más, por su verismo, de lo real, el uso creciente de la imagen en la práctica social de la comunicación puede llegar a crear para el individuo un entorno ecológico de imágenes radicalmente distinto del que disponía el individuo en sociedades pretéritas.

Más aún, dada la posibilidad de «figurar» lo no existente, el individuo del «extremo Occidente» —como en alguna ocasión ha dicho Moles— se puede ver sumergido en un entorno visual cuyas consecuencias es difícil prever.

Y aquí surge el planteamiento semiótico de Moles, aunque enfocado por su reverso, es decir, a partir del papel que la percepción desempeña en la significación: si el hombre se apropia, o privatiza su entorno gracias y mediante la «figuración» que su capacidad perceptiva le proporciona, la tendencia observada a la figuración en el universo comunicacional de nuestros días, y el detrimento en el uso exclusivo de códigos abstractos, como los de la escritura, por ejemplo, debe

ser motivo, cuando menos, para intentar una teoría de la imagen basada en la percepción y no en la semiología, aunque una tal teoría pretenda al fin resolver también el problema del sentido. De este modo, su teoría de la imagen retoma el problema del sentido referido exclusivamente a la significación y no a la comunicación, como interacción peculiar. Es decir, la aproximación fenomenológica al estudio de la imagen no establece diferencias, en la búsqueda de la significación, entre la imagen obtenida por uno mismo para objetivar y archivar un «recuerdo sensorial», y la imagen distribuida por un emisor con objeto de obtener de unos receptores algún tipo de respuesta o de relación social. Así, desde el momento en que la significación se considere impuesta por la operacionalidad perceptiva, exclusivamente, se desdibuja el criterio mediante el cual puede distinguirse qué es comunicación y qué no lo es; en definitiva, de esta manera, o bien se cae en el pancomunicacionismo, o bien se desemboca en el interaccionismo; ambos caminos, sin embargo, se descalifican mutuamente.

No obstante, Moles elude el problema remitiendo el estudio de la imagen, desde el análisis de la percepción, hacia la virtualidad que los diferentes usos y tipos de imágenes pueden tener cuando son empleadas como réplicas abstractas o modelos operativos para el conocimiento de sistemas (sean o no mecánicos), como es el caso del esquema o del dibujo; cuando las imágenes son empleadas como componentes significantes de una expresión mediante códigos abstractos, como es el caso de la ilustración de textos, que Moles en algún momento llama sistemas bi-media de expresión; cuando las imágenes son tomadas co-

mo réplicas visuales o sonoras del acontecer, caso de la fotografía o de la fonografía, de modo que lo fotografiado o lo fonografiado, en función de la situación de su toma instantánea o de su elaboración, pueda llegar a modificar la apropiación del entorno más allá de los límites de nuestra propia operacionalidad perceptiva, etc.

Esta perceptiva, eminentemente práctica y no teórica, ofrece a Moles la ocasión de proporcionar un caudal de estrategias sutiles y fecundas, gracias al cual se pone en manos de publicistas, pedagogos, editores, realizadores y productores de imágenes, una herramienta conceptual y metodológica potente para resolver en la práctica un problema que a nivel teórico ya fue formulado por Shannon: el problema de la eficiencia en la transmisión, el problema de la fidelidad comunicativa. Especial atención merece, en este sentido, el capítulo III, dedi-

cado a la «Imagen totalmente significativa: sobre la ilustración de textos».

Ahora bien, al ideal asintótico de la fidelidad absoluta, no solamente se oponen, para una capacidad de canal conocida, las distorsiones a nivel de señales y a nivel de significación, sino también aquellas debidas al nivel de interacción entre los usuarios, y entre estas últimas⁴ existen aquellas que se originan y se intensifican por influencia de la profusión de acciones comunicativas en las que es susceptible participe el individuo, cuya capacidad de interacción comunicativa es limitada, para un entorno comunicacional que le somete a una cantidad de mensajes ya superior a su capacidad de participación comunicativa.

JOSÉ LUIS PIÑUEL RAIGADA

⁴ Cfr. PIÑUEL, R. J. L., "Teoría de la información y ciencias humanas", *REIS*, número 14, lo relativo al tema.

ROLANDO FRANCO (coordinador)

Planificación social en América Latina y el Caribe

(Santiago de Chile, ILPES, UNICEF, 1981)

Bajo los auspicios del ILPES (Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social) y UNICEF, aparece este volumen donde se aúnan los esfuerzos de diferentes autores para dar soluciones específicas a los problemas sociales que pesan sobre las mayorías latinoamericanas.

La desigual distribución de riqueza entre los diferentes sectores sociales y

entre las diversas áreas o regiones de estos países, ha hecho que vastas zonas se encuentren extremadamente deprimidas. La erradicación de la pobreza y, en general, la salvaguardia de los Derechos Humanos tal y como los concibe la Carta de las Naciones Unidas, pueden considerarse pilares en la elaboración de esta obra. Angel Flisfisch profundiza sobre este asunto en el capítulo «Los Derechos Huma-

nos como fundamentación de la planificación social».

Teniendo como horizonte el desarrollo y el bienestar social, la totalidad de los colaboradores de esta obra concuerdan en la idea de asociar, en mayor o menor medida, la economía y la sociología; buena prueba de ello es el trabajo de Armando di Filippo «La planificación social vista por un economista».

La planificación integral de una comunidad, como se desprende de este estudio, debería contemplarse a través de una óptica social, ya que enfocado de este modo reportaría unas más amplias repercusiones que visto desde un plano meramente económico. En el apartado «Planificación social y política social», Eugene Pusie aborda de lleno dicho tema, haciendo hincapié en que la cuestión de los intereses tanto de planificadores como de políticos debe quedar relegada a un segundo plano en beneficio de la sociedad a planificar.

Como recoge esta obra, en febrero de 1978, R. Bramley publica en el *IDS Bulletin*, vol. 9, una redefinición de la planificación social en su aspecto puramente técnico, sentando las bases para la planificación del desarrollo en el futuro y reaccionando en contra de las actuales situaciones de privilegio y desigualdad que tienden a perpetuarse.

A pesar de la dificultad que supone llevar a la práctica los contenidos técnicos, entre otras razones, por la falta de metodología y las limitaciones operativas con las que se encuentran los planificadores, los Estados de la América Latina recurren, cada vez con más frecuencia, a la planificación del desarrollo en su doble sentido técnico y político.

Dentro de la planificación global,

la planificación del cambio social tiene una importancia de primera magnitud. Percy Rodríguez Noboa ofrece aportes de orden general en torno al contenido de dicha programación, estableciendo igualmente las categorías operativas a través de las cuales pueden inducirse alteraciones esenciales en la sociedad: hacer de la «teoría social» «política social».

Dentro de la política social, un punto clave es el referido a la redistribución de los ingresos. A dicha política debe conferírsele la misión de evitar las desigualdades que se producirían si el dinamismo del mercado, por sí sólo, fuera el encargado del reparto.

Para Pedro Demo y otros autores, no es aceptable la concepción de una «distribución natural del ingreso», idea ni siquiera defendida en la actualidad por las economías capitalistas. Al mismo tiempo se rebate esta tesis, dado que actualmente la experiencia en países avanzados ha demostrado que, no por causas naturales, se ha conseguido una justa redistribución del ingreso, y que, por otro lado, esta errónea esperanza no contempla la situación dependiente de América Latina respecto a los países occidentales capitalistas industrializados.

La difícil empresa de llevar a la práctica una justa distribución del ingreso, tendrá que enfrentarse, desde un enfoque globalizante (socio-económico), contra la existencia de tasas económicas atrayentes y reconocer la necesidad de alcanzar un equilibrio entre los factores: capital y trabajo, a veces complementarios, y las más antagónicas.

En este artículo, el autor, no sólo contempla la mencionada problemática, sino que, además, enumera las fórmulas prácticas a través de las

cuales se puede alcanzar una más equitativa redistribución.

La realidad latinoamericana delata una situación de subdesarrollo, subdesarrollo definido como subempleo y existente por un desequilibrio estructural entre la oferta y la demanda. Es exagerada la proporción de ocupados agrícolas, aunque ésta tiene una tendencia irrefrenable a disminuir con el consiguiente crecimiento de las zonas urbanas. Desorbitada es, en igual medida, la cantidad de población económicamente activa que engrosa el sector terciario, quedando muy reducida la proporción de ocupados industriales.

Siendo muy bajo el poder adquisitivo del salario mínimo, las familias se ven obligadas a complementar, en alguna medida, sus ingresos; de esto se desprende una baja escolarización o, en el mejor de los casos, un insuficiente rendimiento escolar. Por todo ello no es de extrañar que la mano de obra tenga una baja calificación profesional.

Si sumamos que el crecimiento demográfico es cada vez más elevado, que son altas las tasas de migración de pobreza del campo a la ciudad, que la asistencia sanitaria es deficiente, etcétera, podremos observar los inmensos obstáculos que se deben superar en estos países mediante una adecuada política social.

Para Rolando Franco y Eduardo Palma, fin primordial de la política social es la erradicación de la pobreza y, con esta premisa, elaboran un exhaustivo análisis dentro de esta obra.

El tercer gran apartado es el dedicado a las técnicas concretas de la planificación social.

La política social se ve necesitada de indicadores que sirvan como base a los sistemas de información que

posteriormente serán consultados a la hora de tomar decisiones.

Generalmente, toda esta información se encuentra acumulada por separado, no existen bancos de datos donde todos ellos estén centralizados y codificados. En el capítulo dedicado a este tema, Rolando Franco y Agustín Llona ven como un gran avance y modelo a seguir el caso del sistema guatemalteco denominado INFRASOC. Dicho sistema «tiene por objeto constituir un auxiliar útil en la proposición de localizaciones adecuadas y prioritarias para la infraestructura social y ser un instrumento de integración de la información utilizada por las diversas instituciones que conforman el sector social en Guatemala, para el control, la evaluación y la programación de sus acciones».

De lo que se desprende del mencionado artículo, sistemas como éste permiten estudiar a la población desde una doble óptica presente-futuro, a la vez que tomar medidas para ajustar la distribución de los servicios sociales a las normas vigentes. Es, en definitiva, poner al servicio de la política social toda la información estadística de un país.

Hasta hace pocos años se consideraba que el ingreso nacional era un indicador válido a la hora de medir el crecimiento económico.

Dubley Seers es de la opinión de que no siempre van ligados «desarrollo» y «crecimiento económico»; para ello nos hace ver cómo las convulsiones políticas y sociales han afectado, durante la última década, tanto a países cuyos ingresos per cápita crecía rápidamente como a aquellos que tenían estancada su economía. En resumen, cierto tipo de crecimiento económico puede no sólo ser socialmen-

te inoperante, sino que incluso es posible que origine retrasos en este campo. En este capítulo lo que se intenta es definir qué es el desarrollo para así trazar los indicadores significativos que contribuyan a mejorar la política económica nacional e internacional.

Peter Self con *Análisis costo-beneficio, criterio de equidad*, N. Genisáns con *Evaluación y diagnóstico en la planificación social* y E. Hamilton-Smith con un estudio sobre la *Estrategia y metodología de la evaluación de programas de desarrollo social*, completan este tercer apartado referente a las técnicas de la planificación social.

Un pormenorizado estudio sobre la planificación de los diferentes sectores sociales, tratados individualmente, ocupa el cuarto bloque de esta obra, no por ello se debe olvidar, como R. Franco indica en el prólogo, un enfoque global de los problemas sociales.

El primero en plantearse es el tema educacional. Además de dar una amplia visión que pone de relieve la deficiente situación educacional de Latinoamérica, Aldo E. Solari, autor de este artículo, pretende aportar soluciones constructivas por lo que afronta el problema desde la base y bajo la perspectiva de la igualdad; pero no sólo entendida como «igualdad de oportunidades» de los individuos para acceder al sistema educacional, sino también como igualdad de probabilidades para todos los grupos de alcanzar los mismos niveles cognitivos (lo que el autor denomina «igualdad de resultados») y, por último, cómo conseguir la «igualdad de resultados externos» o lo que es lo mismo que «los integrantes de cualquier grupo social que hubieran obtenido los mismos resultados educacionales (incluso con

iguales niveles cognitivos) se distribuyan igual respecto a una característica relevante de la variable considerada. Por ejemplo, si la educación tiene relación con la ocupación y ésta con los ingresos y se piensa que éstos son los relevantes, quienes tienen la misma educación deberían lograr los mismos ingresos medidos a lo largo de su carrera educacional».

La precaria situación en la que se encuentra el tema de la vivienda, no es para Guillermo Rosenbulth sólo consecuencia de las políticas y programas de vivienda, sino que también es fruto del nivel de desarrollo social y económico alcanzado por los países; cualquier tipo de política adoptada en lo referente a este tema sólo podrá paliar las manifestaciones del problema, ya que afrontar las causas que lo origina supondría alterar, de forma evidente, los actuales derroteros socio-económicos. Las condiciones de habitabilidad mejorarían si aumentasen las posibilidades de empleo y la distribución del ingreso fuera más equitativa; con todo ello se sentarían las bases para ver con cierta esperanza el futuro de la vivienda y así, no correr el riesgo de llegar a una situación crítica que acarrearía el crecimiento precipitado y anárquico al que las ciudades se ven sometidas con los actuales y futuros aumentos de población.

El tema es de enorme trascendencia, y más, si tenemos en cuenta que un importante camino para llevar a cabo la erradicación de la pobreza es precisamente la de realizar una buena política de vivienda.

Con gran profusión de datos estadísticos y, como el mismo autor afirma, el trabajo por él realizado «destaca la relación de la política de vivienda con los estilos de desarrollo

más característicos de la región; luego hace una descripción de las diversas formas habitacionales que albergan a los sectores más pobres y, finalmente, analiza los alcances y limitaciones de las soluciones habitacionales destinados a los sectores de menores recursos».

No menos énfasis pone Javier Toro en el apartado dedicado al proceso de la planificación alimentaria y nutricional: realmente existe en América Latina y el Caribe una gran sensibilización en lo referente a este problema, con esta preocupación, en 1970, se buscó la cooperación de diversos organismos para que los gobiernos de estos países fueran asesorados en la elaboración de políticas de alimentación y nutrición. Como fruto de todo ello surge en 1971 el Proyecto Interagencial de Promoción de Políticas Nacionales de Alimentación y Nutrición (PIA/PNAM).

A lo largo de la exposición se van enumerando los conceptos básicos que podrán ser manejados posteriormente por las políticas de alimentación y nutrición, dichos conceptos han sido extraídos como conclusiones de las anteriores experiencias en la materia y los aportados por el PIA/PNAM.

De lo que se deduce del estudio sobre la seguridad social que han realizado Carmelo Mesa-Lago y Ernesto Aldo Isuani en América Latina se puede destacar, como nota predominante, la escasa protección a la que se ven sometidos los sectores sociales de más bajos ingresos por encontrarse éstos en situación de desempleo, o bien por desempeñar funciones no incluidas en dicha seguridad social.

Si bien en los últimos años la cobertura de la seguridad social se ha ampliado considerablemente, agregando nuevas prestaciones, éstas han be-

neficiado solamente a sectores ya protegidos en vez de incorporar otros estratos de la población que «casualmente» son los más deprimidos.

Finalmente, señalan los autores el importante papel que la seguridad social puede desempeñar dentro del contexto de una planificación global y a la hora de hacer un reparto más equitativo del ingreso.

El cuarto apartado finaliza con un artículo de Emmanuel de Kadt sobre «la planificación social del turismo en los países en desarrollo».

A continuación, José Carlos Cuetas-Zabala trata el tema de la infancia. Su importancia queda patente al comprobar, con un simple repaso a las estadísticas, que una significativa proporción de la población total está formada por niños.

Es grave la situación de la infancia si se tiene en cuenta que la tasa de mortalidad infantil es elevadísima en Latinoamérica: anualmente se producen más de un millón doscientas mil muertes entre personas comprendidas entre los cero y los catorce años de edad; a esto hay que añadir las graves repercusiones que tiene la desnutrición en este sector, el analfabetismo, los efectos de la pobreza (que más duramente castiga a la niñez), el concentrado y veloz proceso de urbanización en detrimento de la infancia, etc. A la vista de todos estos datos, queda evidente la necesidad de una eficiente y rápida solución del problema de la infancia.

Una adecuada política social verá en la solución de los problemas infantiles el punto de arranque sólido en donde se apoyen las soluciones a los restantes problemas que se abordan a la hora de hacer una planificación global. Está comprobado que en las familias más deprimidas económi-

camente es donde existe una tendencia más generalizada a tener un mayor número de hijos, por eso la redistribución del ingreso, junto con la transferencia de recursos en favor de servicios para la infancia pueden ser medidas muy importantes en este campo.

Además, debe tenerse en cuenta que velar por el presente de la infancia representa «una inversión social» en la formación de las generaciones que próximamente asumirán el rol protagónico en el proceso de desarrollo que planificadamente se trate de llevar a cabo en el mediano-largo plazo» (Carlos Martínez Cotomayor, director regional del UNICEF para las Américas).

La mujer es la siguiente «población-objetivo» a tratar y que Carmen Barros estudia dentro de esta obra y en el contexto de la planificación social como método para cambiar la situación de la mujer. El origen del problema, como opina la propia autora, «... radica en la división social del trabajo por sexos, cualquier modificación de su situación debe, lógicamente, apuntar a transformarlo. Ello significaría cambiar una de las bases estructurales en que se asienta la organización económica de la sociedad y, como consecuencia, al cambiar la valoración de la mujer y las ideas acerca de lo femenino se modificarían las bases culturales en que se asienta la dominación por sexos, lo que aún se percibe como parte de un orden natural».

La obra termina con un capítulo dedicado a la pobreza en América Latina, intentando dar una serie de soluciones.

Como conclusión, podemos decir que el libro tiende a promover la planificación y los programas sociales, ya que a través de logros en este campo se llegaría a un florecimiento económico.

A lo largo de la exposición podemos ir apreciando los aportes no sólo operacionales, sino también conceptuales, institucionales y metodológicos de los que esta obra pretende ser compendio para el manejo de políticos, sociólogos, planificadores y todos aquellos que de alguna manera inter vengan en el proceso global o particular de la planificación.

Esta obra, que muestra claramente la realidad social latinoamericana, lejos de mantener una postura catastrofista trata de dar por medio de un amplio repertorio de soluciones que se van sistematizando a lo largo de los mencionados trabajos, una visión optimista y responsable del futuro.

Lo que aparentemente podría parecer un estudio de intereses exclusivo para el área latinoamericana es en realidad un modelo válido para acometer los grandes problemas sociales existentes en cualquier país.

Queda pues evidente el interés de esta obra a nivel general.

VIRGINIA DE SANDE

INFORMES Y ENCUESTAS DEL C.I.S